

pensando la región

Etnografías propias para la construcción
de un discurso regional

pensando la región

Etnografías propias para la construcción
de un discurso regional

Editor
Fabio Silva Vallejo

© Universidad del Magdalena
© De los artículos: los respectivos autores

Primera edición
500 ejemplares
Santa Marta, Colombia
Noviembre de 2007

ISBN: 978-958-8320-36-6

Editor

Fabio Silva Vallejo

Autor de la Carátula:

Juan Carlos Gómez

Diseño de la Carátula:

Fernando Escobar

Corrección de estilo:

Maria Elvira Laverde

Impresión:

Gente Nueva Editorial

antropologia@unimagdalena.edu.co
www.oraloteca.unimagdalena.edu.co
oraloteca@gmail.com

Universidad del Magdalena

Rector Titular:

Carlos Eduardo Caicedo Omar

Rector Encargado:

Juan Carlos Dib Díaz-Granados

Vicerrector de Investigación:

Luís Manjarres

Vicerrector de Extensión:

Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Docencia

Rutbert Escorcía

Vicerrector Administrativo y Financiero:

Ricardo Campo

Agradecimientos

Para la construcción de este libro hay muchos esfuerzos reunidos, sin los cuales no hubiera sido posible su publicación. El primer esfuerzo es el de los egresados que aportaron sus ensayos y a los que les doy mis más sinceros agradecimientos. A la profesora Lorena Aja y al profesor William Renan por sus aportes constantes no solamente en este libro sino en otros espacios de reflexión. A la joven investigadora Angélica Hoyos Guzmán quien siempre está atenta para ayudar en la difícil labor de construir. A todos los profesores del programa que han aportado en este proyecto. A la antropóloga Esperanza Ardila por sus aportes y soportes en muchos proyectos del programa. A la correctora de estilo Maria Elvira Laverde por su minuciosidad para el trabajo. A Juan Carlos Gómez por su aporte artístico para la carátula. A Fernando Escobar diseñador y diagramador oficial del programa de antropología. Para todos y cada uno de los estudiantes y egresados del programa de antropología que a la postre son la razón de ser de todos estos esfuerzos. Al rector encargado y amigo Juan Carlos Dib, quien le ha tocado continuar con la difícil labor de construir. A los vicerrectores Pablo Vera Salazar y Ricardo Campo siempre atentos a participar en la construcción del proyecto. A la Universidad del Magdalena también única razón de estos y muchos más esfuerzos y por último a Carlos Caicedo Omar, Rector de la Universidad, creador e impulsor de todos estos esfuerzos, de todas estas realidades.

Contenido

| | |
|--|-----|
| Presentación: Pensar más en la región. Divagar menos en lo Caribe. Fabio Silva Vallejo. Profesor, Universidad del Magdalena. | 11 |
| <i>Ciudad, Historia y Etnografías</i> | |
| Contexto geográfico, demográfico, económico y político-administrativo de la provincia de Santa Marta y el Estado Federal del Magdalena en el siglo XIX. William Renan. Profesor, Universidad del Magdalena. | 23 |
| Santa Marta. "¿la magia de tenerlo todo?": Realidades y perspectivas del discurso del turismo. Natalia Ospina. Antropóloga, Universidad del Magdalena. | 67 |
| La obstinación de un murmullo. Trayectorias terapéuticas en el tratamiento de la locura en la ciudad de Santa Marta, Colombia. Juan Carlos Gómez Blanco. Antropólogo, Universidad del Magdalena. | 91 |
| Las fiestas de San Agatón en Mamatoco. Manifestaciones culturales de una particularidad social a partir de un hecho religioso carnavalesco. Luis Álvaro Cadena Tejada. Antropólogo, Universidad del Magdalena. | 121 |
| <i>Músicas, Identidad y Consumo</i> | |
| La champeta "el vacile efectivo de la barriada": hacía el reconocimiento etnográfico de la producción cultural de la champeta en Santa Marta. Jorge Enrique Giraldo Barbosa. Antropólogo, Universidad del Magdalena. | 153 |

Entre las tradiciones de la tierra y los sonidos industrializados: Música tradicional e industrias culturales en el Caribe colombiano.
Deibys Carrasquilla Baza. Antropólogo, 189
Universidad del Magdalena.

Tambora y tradición: Transformaciones de la expresión a partir de sus puestas en escena.
Deibys Carrasquilla Baza. Antropólogo, Universidad del Magdalena.
Roosevel González. Folclorólogo Universidad 211
del Magdalena.

Pescadores, Tradición y Religiosidad

La pesca en Taganga.
Enrique de Andrés Pacheco. Antropólogo, 229
Universidad Nacional.

Religiosidad popular, santos y vírgenes en Taganga, pueblo de pescadores.
Esnaider Molina Paternina. Antropólogo, 285
Universidad del Magdalena.

Yao! Zoom sobre la cotidianidad de la pesca en Taganga.
Angélica Hoyos Guzmán. Lingüista, Profesora Catedrática, Universidad del Magdalena. 325

Región, Desarrollo y Conflicto

Contradicciones y encrucijadas del desarrollo sostenible en el escenario del Caribe.
Lorena Aja Eslava. Profesora, Universidad del Magdalena. 347

Territorios en conflicto: Estado, indígenas y campesinos colonos en la cuenca del Río Don Diego Sierra Nevada de Santa Marta.
Luís Martínez. Tesista en Antropología, 371
Universidad del Magdalena.

Las dinámicas del turismo dentro de comunidades tradicionales (Taganga).

Jhon J Ruiz Soler. Antropólogo, Universidad del Magdalena. 389

Desplazamiento y discursos

El desplazamiento forzado en Santa Marta. Reflexiones teóricas a partir de un discurso estatal.

Esperanza Ardila. Antropóloga, Universidad del Magdalena. 415

El proceso de recepción y reubicación de la población desplazada en la ciudad de Santa Marta.

Milena R. Liñan Montenegro. Antropóloga, Universidad del Magdalena. 461

Presentación:

Pensar más en la región. Divagar menos en lo caribe

*“La cultura es todo lo que el hombre inventó
para volver el mundo vivible y la muerte abordable “*

Aimé Césaire

Fabio Silva Vallejo

Profesor. Universidad del Magdalena

El inicio

A finales de 1999, una tarde, en la Planta Piloto de Taganga, el rector Carlos Eduardo Caicedo citó a una serie de profesores para proponerles un proyecto que tenía urgencia casi inmediata: crear una nueva oferta académica para la Universidad. Yo, que ya llevaba algunos meses trabajando en la institución, fui invitado para hacer parte de este proyecto que más tarde se articularía al de la refundación de la Universidad del Magdalena. Y cuál no fue mi sorpresa cuando entre ingenieros, odontólogos, médicos, pedagogos y psicólogos me preguntó si estaba interesado en trabajar en una propuesta para la creación de un programa en Humanidades. No sé quién fue más arrojado si yo que dije que sí, sin tener la menor idea de cómo hacerlo, o él que sin conocerme me hacía una propuesta tan seria y delicada. Después de una corta deliberación para decidir entre literatura, historia o antropología, se optó por esta última, pues en esto coincidimos los dos: era una región que lo tenía todo para desarrollar una propuesta académica que diera cuenta de la diferentes problemáticas que se abordan desde la antropología. Sería absurdo negar que me le medí a la propuesta con un desconocimiento muy profundo de mi parte sobre la región, pero con el ánimo y entusiasmo que genera el rector. En ese momento lo caribe sonaba bien y encajaba perfectamente en el proyecto. Iniciamos los procesos pertinentes y recurrimos a la ayuda de la Universidad de Antioquia, con la que la universidad venía hablando en la asesoría de otras carreras y otros proyectos. Con una visita del antropólogo y director en ese momento del programa de antropología, Diego Herrera, comenzaron una serie de dudas que hoy nos sirven como referentes de este ensayo. La primera, el título: ¿el cartón va a decir *Antropólogo con énfasis en cultura caribe* como aún reza en algunos de nuestros documentos? Era posible que con este anexo se limitara el campo de acción de nuestros futuros egresados, pensaron algunos y por recomendación de

Diego sacamos el énfasis del futuro profesional de la antropología. La segunda, la planta de profesores: ¿de dónde sacaríamos profesores si ya sospechábamos que no había mucho antropólogo residente en la ciudad? Era de esperarse que íbamos a enfrentar muchos otros problemas en el proceso de construcción del programa y hasta del Interior llegó un comentario de alguien de la aristocracia antropológica bogotana que se atrevió a preguntar quiénes eran esos que osaban hacer un programa de antropología sin contar con ellos.

Como dije anteriormente el énfasis “caribe” sonaba bien y estaba por lo menos representado en una serie de asignaturas que darían alguna cuenta de él: *Arqueología del Caribe*, *Etnohistoria del Caribe*, *Historia del Caribe siglo XIX y XX* y *Cultura afrocaribe y raizal*. Pero no pasaron muchos años cuando, en diferentes clases, tanto entre estudiantes como entre profesores, comenzaron a surgir preguntas como: ¿Qué es lo caribe?, ¿En dónde está lo caribe en el programa?, ¿Cómo se hace para percibir lo caribe?, ¿Cómo hacer que toda discusión se oriente hacia lo caribe? Creo que si bien no ha habido un momento específico dentro del programa para decir que es a partir de él que se comienza a mirar hacia el discurso de lo regional, sí hay más de sesenta ejemplos que muestran que a nuestros estudiantes lo que les interesa no es la discusión de lo caribe sino la inclusión en lo regional. Sesenta ejemplos representados en sesenta trabajos de grado que dan un balance del interés de nuestros jóvenes antropólogos por la región: la Sierra Nevada y sus indígenas, la Ciénaga Grande y sus habitantes, el desplazamiento, sus discursos y sus protagonistas. La ciudad de Santa Marta, sus imaginarios, sus devociones y sus gentes, el turismo con sus verdades y sus mentiras, los indígenas, sus mitos y sus realidades, entre otros temas de igual importancia que se están desarrollando en el momento. Resulta interesante y probablemente será tema de otra investigación o de otra tesis, analizar cuáles pueden ser las causas de una ausencia de trabajos de grado sobre la discusión de lo caribe.

También debo agregar que mi visión sobre el Caribe o lo caribe cambió cursando la Maestría en estudios del Caribe en San Andrés. Allí comprendí que había dos realidades muy diferentes: el Caribe insular y el llamado Caribe continental. Dos realidades unidas solamente por la débil concepción de nación colombiana que se tiene en la isla por parte de sus nativos. Hoy creo que el programa está reorientando su verdadero rumbo, aquel para el cual fue creado: para pensar la región, para volver por el cauce real de todo proceso académico que se articula “orgánicamente” al desarrollo y a la investigación de todos y cada uno de los elementos que hacen la región. Y es muy probable que a la vuelta de unos años, después de una experiencia acumulada de discursos, investigaciones y producciones editoriales y con muchos antropólogos de la región, los trabajos de grado comiencen a mostrar el interés de nuestros jóvenes investigadores por categorías como lo caribe o el Caribe colombiano.

Las divagaciones

Al aventurarme a escribir este prólogo surge la necesidad también de hacer un recuento de lo que han sido para mí los diferentes momentos por los que ha pasado *el dilema Caribe-Costa atlántica*

El Caribe colombiano: Una idea que sigue dando vueltas

Seguramente dentro de los escritos sobre el Caribe colombiano o cualquier otro Caribe lo que primero sale a relucir es ¿Qué es el Caribe? El afán por definir esta parte del mundo es simétrico al afán por entender esta parte del mundo y probablemente aún estemos muy lejos de lo uno y de lo otro. En un momento de la historia de las ciencias en donde el conocimiento occidental empieza a ser cuestionado, por lo menos como saber hegemónico, lo caribe se presenta como un reto para los saberes, las culturas y las antropologías subalternas que se proponen tener una mirada desde otra óptica, la del colonizado y no la del colonizador. El Caribe y lo caribe son tan dispersos como las culturas que lo conforman pero, a su vez, tan congruentes como sus historias que lo atraviesan. Bien dice Mintz (1978: 87): “El Caribe no es una región cultural sino que es una región histórica”.

¿Son los Caribes insular, continental y colombiano una unidad conformada por las incongruencias históricas de sus pasados coloniales? Y si las incongruencias están determinadas por las prácticas de la colonia representadas por la lengua, la política y la ideología que permitieron la creación de formas culturales a partir de realidades inmediatas, mantenidas por tradiciones más fuertes o más débiles y que hoy en día se reflejan en la santería cubana, en el vudú haitiano, en la creación de lenguas criollas como formas de resistencia a las hegemonías, en los fuertes movimientos intelectuales criollos del Caribe insular, en las culturas del sincretismo que afloran por ese mismo Caribe, entonces, ¿de qué manera esas incongruencias llegaron a nuestro Caribe colombiano? O ¿es el Caribe colombiano otra unidad aparte (exceptuando a San Andrés y algunos aspectos de Cartagena) que, frente a una política no de colonización sino de exterminio, generó unas prácticas culturales muy diferentes a las del Caribe insular y a las del continental?

Con el exterminio de los indios caribes, la ausencia de una economía de plantación que le permitiera a los negros generar las dinámicas culturales que, por ejemplo, se dieron en el Valle de Cauca unos años más tarde, el espacio Caribe colombiano se formó en unas dinámicas culturales muy diferentes a las del insular. La fuerza de la religión católica, la llegada de migraciones ajenas a los problemas y dinámicas de origen, el exterminio de los indígenas y la conformación de palenques como espacios propios y aislados de la cultura oficial española dieron pie a una nueva forma de colonización de la región: unos indígenas que se enclavaron en sitios estratégicos –las sierras y los desiertos– y que, por ende, fueron invisibilizados

hasta su resurrección en 1950, cuando el Instituto Etnológico Nacional hoy ICANH lanza su "Redescubrimiento de la Costa Caribe"; algunos grupos negros, especialmente de Bolívar, que desde allí han irrigado a buena parte de la región, manteniendo elementos ancestrales de su cultura; y, por último, una gran población mestiza formada en las faenas del campo, la pesca, el contrabando y cuyos orígenes están diseminados entre *La Historia Doble de la Costa y Cien Años de Soledad*.

Ante esta particular situación, la región caribe colombiana tiene un vacío de historia escrita de casi dos siglos, es decir que, ante la forma como se dio la *no colonia* en la región, sus fuentes escritas son deficientes y la información que se encuentra para los siglos XVI y XVII es poca. Exceptuando algunos cronistas y viajeros y uno que otro documento, no hay registros que permitan determinar procesos más complejos de poblamiento ni de dinámicas sociales y culturales. Con una ausencia de escritura reflejada en la poca actividad intelectual y académica, en la escasez de periódicos y medios de información, de colegios y centros educativos, la región tomó sentido en la oralidad y se fundamentó en ella. Para Ong (1985: 32) hay dos tipos de oralidad: la primaria, originada por las formas propias del pensamiento mítico y la secundaria originada especialmente por los medios de comunicación. Pero como la oralidad, primaria en este caso, había sido erradicada de raíz, pues los mitos de las comunidades indígenas y negras habían sido declarados sacrílegos y prohibidos, el mestizo, el gran pueblo, fue formando su tradición entre la fantasía de la leyenda, que es como el cascarón del mito y la realidad cotidiana y, en muchos aspectos, tenía connotaciones epopéyicas.

Ante los vacíos dejados por una ausencia de colonia en la mayor parte de la costa atlántica colombiana, la oralidad llenó los huecos de la historia (véase la disputa entre las fuentes histórica y literaria del suceso de las bananeras, véase la ausencia de una crítica hasta hoy, después de casi 30 años, sobre *la Historia Doble de la Costa*, véase la oralidad desbordante y la escritura insignificante de procesos como el de la bonanza marimbera, la coca, la crisis del algodón, la crisis del río Magdalena, el deterioro de la clase política, las crisis de las ciudades, la violencia paramilitar, la violencia guerrillera, entre muchos otros aspectos y compárese con la abundante escritura del vallenato, ya sea porque se volvió un tema de interés para la intelectualidad cachaca o porque es oral y por consiguiente de fácil traslado a la escritura. Tenemos entonces que la oralidad se convirtió en la consorte de la clase dominante costeña que se dio cuenta de este recurso como forma de enajenación y mantuvo toda la estructura política, social y económica basada en ella.

El folclore entró a cumplir su papel fundamental como elemento narcotizante. El campesino y el ciudadano común y corriente se creyeron el cuento del estereotipo costeño (usufructuado de manera consciente de los libros de Fals Borda) y todos se volvieron '*dejaos*', '*sentipensantes*', '*hombres anfibios*' y buscaron esas realidades en el Macondo de García Márquez y en lo real maravilloso.

Mientras tanto, las verdaderas tradiciones populares, aquellos saberes locales que muy pronto se dejarían ver en el contexto nacional como una forma de cultura dinámica y activa, eran canalizadas por los *mass medias* y revertidos como productos de consumo con un cliché cultural. Hoy, el Caribe se sacude de la 'Hojarasca' de *Cien años de Soledad* y comienza a percibirse la necesidad ya de una 'Historia Múltiple de la Costa', en donde los estereotipos del hombre macho reflejados en José Arcadio pasen a hombres delicados y femeninos pero igualmente costeños, como Ramón Illán Bacca; la mujer deja de ser la resignada y la que, contra su voluntad, mantiene el hogar y se aguanta las pataletas de todos los Buendía, simplemente porque esa es su condición, y llega la mujer que cuestiona, dirige, propone y dispone, como en Marvel Moreno. Es decir el Caribe colombiano comienza a identificarse por las dinámicas culturales y no por dos ciudades, tres apellidos y algunos estereotipos.

El Caribe insular, una realidad contundente

El discurso de lo caribe tiene varias particularidades, una es que, como los *jeans*, sale con todo. A simple vista lo caribe, si no es todo, es casi todo; pero cuando uno se pone a mirar ese casi todo, se da cuenta que lo caribe es una categoría sumamente complicada, construida desde las raíces mismas del colonialismo y que antes que exotismo lo que contiene son realidades históricas sumamente complejas (Mintz). Otra de sus particularidades es que el discurso de lo caribe en el ámbito colombiano ha sido construido con una buena dosis de emotividad, es decir que se convirtió en un discurso muy romántico que le ha servido a buena parte de la clase política, aristocrática y hasta intelectual para llenar un vacío histórico de discursos, generado por las políticas centralistas de los gobiernos capitalinos. Pensar el Caribe colombiano desde las realidades y las historias del Caribe insular es metodológicamente imposible. El Caribe insular está definido claramente desde varias realidades. Si bien mi intención no es analizar sistemáticamente esas realidades, sí lo es dejar un marco de comparación a la hora de homogenizar el discurso del Caribe, pues creo –y es mi interés dejar por lo menos planteado– que uno de los principales problemas que presenta hoy día el estudio de la región es la ausencia total de una metodología pensada y discutida para abordarla. Si el Caribe insular tiene sentido desde la construcción analítica de categorías como la plantación, la trasgresión lingüística, la libertad, la colonialidad, el mar, la diáspora, entre otras, ¿cuál es nuestra metodología epistémica para entender la región, si lo que percibimos es que muchas de esas realidades no encajan o no tienen correspondencias con la nuestra?

La plantación una única realidad¹

No es mi intención hacer una historia de la plantación, ni mucho menos una explicación del porqué no hay plantación en la costa atlántica colombiana. Lo que

me interesa es anunciar cómo el discurso del Caribe se ha construido bajo realidades históricas y que estudiosos como Mintz, Price, Moreno Fraginals, Benítez Rojo, entre otros, no conciben otro Caribe sin la plantación:

“La gran mayoría de las naciones caribeñas presentan estructuras socioeconómicas paralelas entre sí, las cuales fueron determinadas por un mismo fenómeno concurrente: la plantación” Mintz

“Las colonizaciones se caracterizan por ser: autoritarias en lo civil, monopolistas en el comercio, intolerantes en la religión, esclavistas en la producción, beligerantes hacia las corrientes reformistas, discriminadoras con respecto al otro (indio, negro). El caribe se caracteriza entre otras por cosas por el carácter repetitivo de la plantación”. Antonio Benítez Rojo

“En todas estas islas no hispánicas la población aborigen es sistemática y rápidamente eliminada y se establece una economía de plantación. Ahora bien, una plantación no es una sociedad: es un negocio. Que la plantación deriva en sociedad, es obvio. Pero también es obvio que en su estadio inicial la plantación es concebida, organizada y puesta en marcha como un negocio; es decir, no se trata de una comunidad primitiva que arraiga en una determinada zona y establece unas relaciones de producción y evoluciona hacia el esclavismo, etc., etc. No: aquí no hay nada de eso. Se trata, por el contrario, de un grupo empresarial “moderno” que con un objetivo económico fundamental, establece en un lugar previamente seleccionado un negocio de explotación agrícola para producir mercancías que venderá en el mercado mundial. Por lo tanto, desde el primer momento en la llamada “colonización” de estas islas están presentes problemas de inversión, producción y comercio. O sea, que el mundo social de estas Antillas partió de lo que en términos modernos se llama una tarea de inversión que implicó el estudio de los distintos factores económicos, sociales, técnicos e institucionales del negocio. A partir de ahí se decidió la inversión y reunió el capital, que fue aportado en forma de efectivo, especie (transportes, víveres, equipos, etc.) o en hombres”. Moreno Fraginals

Vista de esta manera la plantación deja de ser un requisito a la hora de definir lo caribe y se convierte en el escenario socio-cultural desde donde se desprenden todas las formas identitarias de la región:

“Con el transcurso del tiempo las plantaciones alteran su esquema típico. Aparecen jerarquías clandestinas, crean nexos de interés y fraternidad. El nacimiento de los niños establece núcleos familiares de tipo matriarcal. La tasa de mortalidad excede a la de natalidad, sin embargo se va produciendo un proceso de socialización como resultado de una identidad común” Moreno Fraguas

Intelectualidad, lengua, anticolonialismo y libertad

Hace poco escuché o leí, no recuerdo bien, que hoy en día el único compromiso que tenía el intelectual era con lo estético, es decir con la obra, sin importar que la obra, ni él mismo, nada tuvieran que ver con nuestra realidad. Creo que ese debate ya se dio hace años y desde hace mucho tiempo *el arte por el arte* no tiene razón de ser, por lo menos desde nuestras realidades. En una región tan pobre, económicamente hablando, con problemas históricos sin resolver, con la amenaza del discurso globalizante respirándonos en la nuca, con la idea absurda de los discursos del imperio en donde nos aseguran que las esencias están fuera de toda discusión científica, que todo intento de nacionalismo es intento de insurrección y amotinamiento y por lo tanto sospechoso de neoterrorismos desestabilizadores, hoy en día no nos podemos dar el lujo de tener intelectuales de adorno, ni que adornen nada. Así como la plantación y sus imbricaciones históricas, sociales, económicas y culturales poco o nada tienen que ver con las formas que se dieron acá, de la misma manera la relación *intelectual-lengua-anticolonialismo-libertad* dista mucho de la realidad como se conformó en el Caribe insular:

“En los trópicos no hay nada más delicioso que los asentamientos de los pobres; no hay teatro más vívido, cambiante y barato. Cada Estado ve su propia imagen en esas formas que posee el multitudinario atractivo del deporte, estacional y aficionado. Esa imagen lleva grabada la vieja mueca colonial del negro sonriente, del percusionista caribeño, del hombre enmascarado para el carnaval, del músico de calipso y del bailarín del limbo. Estos artistas populares se encuentran prisioneros del concepto estatal de las formas populares, pues preservan la conducta colonial y no suponen ninguna amenaza. Las artes populares se han convertido en el símbolo de una cultura despreocupada y acomodaticia, en un complemento del turismo desde que el Estado se impacienta por todo aquello con lo cual no puede comerciar. No es esto lo que una generación vislumbró hace veinte años... Considerábamos el analfabetismo en lo que era, un defecto, y...

no como el atributo que hoy proclaman los revolucionarios. El lenguaje se conquistaba a fuerza de trabajo; no había desprecio hacia uno mismo, ni visión de venganza. La gente era consciente de sus carencias y no cometía el fraude de santificarlas. Si los antiguos dioses morían en los labios de los ancianos, lo hacían por voluntad propia. Hoy han sido artificialmente resucitados por la grabadora del antropólogo y clasificados en los archivos populares de los departamentos de cultura. Derek Walcott: (La voz del Crepúsculo)

Si la plantación es la estructura socio-económica que sostiene la caracterización del Caribe insular, la relación *intelectual-lengua-anticolonialismo-libertad* es la ideología que mantiene el espíritu del Caribe insular. Desde luego no es mi intención hacer un estudio histórico de esta relación, mi intención es mostrar breve y levemente cómo ha sido y sigue siendo dicha relación. No hay un momento en la historia del Caribe insular en que su intelectual no haya recurrido a su lengua para manifestar su inconformidad en su condición de colonialidad e implorar, denunciar o anunciar su libertad:

"La lengua, la identidad al igual que el ser están en movimiento y es en su ambivalencia donde la literatura encuentra su repercusión". Rodney Saint-Éloi. Poeta haitiano

Un espacio para lo regional

Si bien ya hoy se habla de un Caribe sin plantación o de un Caribe sin lenguas trasgresoras (criollismos), bien podríamos hablar de unas formas de lo caribe que si lugar a dudas se manifiestan en algunas partes de los ocho departamentos que conforman la región y que constituyen el 22 % de la población y buena parte del territorio de Colombia. No sé si es procedente denominar a una región por sus formas mínimas y no por sus formas más preponderantes como son las que caracterizan a la región costeña. Un desprevenido se pondría a pensar: ¿Y qué diferencia hay entre hablar de caribe o de costa atlántica? La diferencia es mucha: primero la ausencia de una verdadera región no solamente caribe sino región atlántica está por discutirse y uno podría poner varios casos recientes: La propuesta de la Universidad del Caribe se desbarató sin dársele ni un minuto de oportunidad pues cada departamento sacó a relucir sus competencias o bien históricas o bien económicas para quedarse con la rectoría y el proyecto duró lo que duró su debate: una mañana. Ante la paramilitarización de la costa no ha habido siquiera un intento de unión política para enfrentar los discurso del interior y por lo tanto la paramilitarización dividió a la supuesta región en los paramilitares de Córdoba, los paramilitares del Cesar, los paramilitares del Magdalena, los paramilitares de Bolívar, los paramilitares de Sucre y los paramilitares del Atlántico. Absurdamente,

el que sí tenía una idea clara de región, no sé si caribe o no, era el paramilitar Jorge 40 con su capacidad de incidir en toda la región. Esta misma dispersión no tuvo lugar en el eje cafetero en donde el bloque de parlamentarios salió en defensa no del uno o del otro sino en defensa de la cultura *paisa* de la región antioqueña. Posada Carbó en su libro *El desafío de las Ideas* da varios ejemplos de cómo los proyectos que se pensaron regionales terminaron siendo nacionales: Núñez, García Márquez, Evaristo Sourdis, El vallenato, Shakira, etc.

La complejidad de la región no se puede encerrar en la sola categoría de lo caribe: no hay plantación, no hay lenguas trasgresoras (el palenque es una lengua muy reducida desde el punto de vista de sus hablantes y no ha podido generar unas literaturas). Por supuesto, no hay discursos de dichas trasgresiones, no hay una poética de la libertad que esté representada en unas literaturas contundentes que den fe de la situación de la región. Por otro lado, la ausencia de un pensamiento intelectual universitario, constante y productivo, permitió que muchas categorías que había utilizado Fals Borda para su trabajo monumental sobre la cultura del río, es decir la cultura situada fuera de la región, se trasladaran al mar y categorías como el *dejao*, el *sentipensante*, el *hombre anfibio*, se tergiversaran y se construyera una especie de discurso folclórico tremendamente enajenador, fugaz e inconsistente; claro que esto asociado con la fuerte carga de sentimiento y emotividad pero con una ausencia total de crítica. Pensar la región significa construir o deconstruir unos discursos. No es verdad que ya estos discursos estén dados, como aseguraba un eminente intelectual en un encuentro reciente sobre la región. Por el contrario, creo que aún no están claros muchos procesos de los que aparentemente creemos que están claros. Entre otros, notamos una ausencia casi total de estudios socioculturales sobre la pesca artesanal en toda la costa, no hay estudios sobre las migraciones afro a los diferentes sitios del Magdalena, no hay estudios claros sobre la oralidad y las implicaciones en los procesos de lectura y escritura, no hay estudios claros sobre el desplazamiento en la costa, no hay estudios sobre la violencia en la costa (aún se sigue con la tesis ingenua de que la costa ha sido pacífica y la violencia es del interior) en casos concretos como el aniquilamiento de los negros en ciertas regiones, el aniquilamiento de los indígenas chimilas, las guerras de familia (Cárdenas versus Valdeblánquez) las bonanzas de la marihuana, coca, café, algodón y la violencia paramilitar. Está por escribirse todo sobre procesos de conformación cultural y étnica en la mayoría de ciudades de la costa, no hay trabajos críticos sobre el consumo cultural, entre otras ausencias. El discurso de lo regional abre la posibilidad de pensar sobre estos temas.

Partiendo de esto pienso que en Colombia lo costeño es el verbo y lo caribe el nombre y que en otras partes lo caribe es el verbo y lo costeño es el nombre. Traigo esta dualidad a colación por varias razones: el país siempre se pensó (en la exclusión o no, en el fracaso de la nación o no, en sus fronteras imaginadas o no) entre lo andino y lo costeño y no entre lo andino y lo caribe. Esto para proponer

que estaríamos hablando de dos categorías de análisis diferentes: *costeño* que tiene que ver con la nación y *caribe* que tiene que ver con la región. La primera está definida en el marco del estado nación, mientras que la segunda no, asumiendo así excepcionalidad y relevancia analítica de lo colombiano. Las unidades de comparación y contraste deben construirse en un mismo plano para que estas comparaciones y contrastes sean metodológicamente sólidos. Sin embargo lo caribe colombiano también nos hace remontar –quíerese o no– al problema de la construcción de la nación. En ese sentido, algo que es claro en los análisis de Peter Wade y Elisabeth Cunin: es que *lo caribe* opera en un sistema de diferencias de producción regional atravesadas por pugnas y relaciones de poder en lo local y lo nacional. Para decirlo en otros términos: lo caribe colombiano no solo habría que pensarlo en relación con lo caribe no colombiano (insular y continental), sino con respecto a lo no caribe colombiano.

Entonces, lo caribe colombiano debe pensarse en su diversidad e inconmensurabilidad interna. Igual sucede con los otros dos bloques desde los cuales supuestamente tiene sentido lo caribe y no lo costeño colombiano.

Los discursos de la costeñidad han sido opacados por los de la caribeñidad; sin embargo hay ejercicios como los de la Liga Costeña, el fracasado movimiento político de Evaristo Sourdis, y el principio misional del Corpes Costa Atlántica. En los trabajos de Posada Carbó, así como en los dos últimos libros de Múnera hay un interés por mostrar de qué manera el antagonismo entre andinos y costeños estaba cubierto por un antagonismo de tipo racial. Lo costeño y no lo caribe, a los ojos del sociólogo Mesa, estaba relacionado con lo bullanguero, lo perezoso y lo carismático y astuto frente a lo bello, inteligente y recatado de lo andino. Mirado desde otra óptica, el pensamiento de Samper Brusca, los trabajos de Caldas, la mirada política y social de Laureano Gómez, entre muchos otros, aterrizan esta dualidad en una mira segregadora, exclusionista y racial.

Ante la ausencia de un relato contundente de lo costeño (obsérvese el manejo que hace el Corpes Costa Atlántica frente a su publicación más importante *El Mapa del Caribe colombiano*), lo caribe comenzó a coquetear entre los intelectuales y políticos de la costa. Y claro de lo caribe sí había no solamente un relato sino unos relatos o más bien un metarelato muy fuerte pero a su vez complejo de donde pegarse a la hora de buscar una identidad.

Sin ningún ánimo de ser pretencioso "*Pensar la Región*" es un intento por iniciar varios procesos.: Primero, el de pensarse desde la región, tal vez su más importante objetivo: hacer el primer balance práctico y teórico a la vez de qué es lo que están pensando frente a su región nuestros jóvenes antropólogos formados en la región. Segundo y, no menos importante, cómo y desde dónde están pensando la región: desde el desplazamiento, desde la religiosidad, desde las prácticas urbanas, desde

los procesos étnicos. Tercero e igualmente necesario: contribuir a la construcción de discursos sobre la región, cualquiera que sea el nombre de ella (acá caen bien las palabras de Saramago “*Conoces el nombre que te dieron, desconoces el nombre que llevas*”). Escribir no es solo el reto del ejercicio sino el único medio por el cual la región tendrá forma, consistencia y sobre todo futuro.

¹Como dije anteriormente la intención de esta presentación no es la de agotar (ni mucho menos) cada una de las categorías epistémicas que conforman lo caribe, la intención, más bien es la de establecer un punto de discusión sobre la región y sus posibles interpretaciones. Para el caso de la plantación hay innumerables libros y ensayos en español y quisiera solamente nombrar algunos que se han convertido en consulta necesaria a la hora de abordar el tema, pero también nombrar, sobre todo ensayos, que sobre la hacienda y otras formas de explotación se dieron en nuestro territorio pero que muestran realidades que muy poco parecido tuvieron con la plantación: Eric Wolf y Sydney Mintz, ‘Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas’, en Enrique Florescano (coordinador), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina* (México, España y Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 1975). Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite* (Barcelona: Casiopea, 1998). Sydney Mintz, *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna* (México: Siglo Veintiuno Editores, 1996). Moreno Friginals, Manuel, *El Ingenio, complejo económico y social cubano del azúcar* (Barcelona: Editorial Crítica, 2001). Moreno Friginals, Manuel, *El Ingenio*. Barcelona, 2001, Crítica. Gilberto Freyre, *Casa-grande y senzala*. (Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1977). José A. Benítez, *Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo*. (La Habana: Casa de las Américas. 1977). Fernando Ortiz, *Los cabildos afrocubanos* (La Habana: 1921). *Los negros brujos* (La Habana: 1917), *Los negros esclavos* (La Habana; 1916), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana; 1940). Richard Price. (compilador). *Sociedades cimarronas*. (Madrid: Siglo Veintiuno. 1981). Adelaida Sourdis Nájera. *Azúcar: una alternativa imposible en el siglo XVIII*. (Observatorio del Caribe. Cartagena 2006). Colmenares, Germán, *Historia económica y social de Colombia. 1537-1719*. Bogotá, 1978. La Carreta, 3ª ed. Meisel Roca, Adolfo, *Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena 1533-1851*. En: Desarrollo y Sociedad, Bogotá 1980, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, CEDE. Universidad de los Andes. Tovar Pinzón, Hermes. *Hacienda colonial y Formación Social*. Barcelona: Sendai ediciones, 1988. Alberto Abello Vives y Ernesto Bassi Arévalo. *Un Caribe por fuera de la ruta de la Plantación*. (Observatorio del Caribe. Cartagena. 2006). Alfonso Múnera. *El fracaso de la Nación*. (Bogotá: Banco de la República. El áncora editores. 1998).